

A dramatic illustration for a Warhammer 40,000 book. In the center, a Space Marine in ornate blue and gold armor is engaged in combat with a large, dark, and heavily armored enemy. The Marine is holding a glowing orange power sword, which is striking the enemy. The enemy has a large, mechanical head and a body covered in dark, scaly armor. The background is a swirling, greenish-yellow mist or smoke. At the top, there is a blue banner with the 'WARHAMMER 40,000' logo. The overall tone is epic and intense.

WARHAMMER
40,000

IMPERIO OSCURO PLAGA DIVINA

GUY HALEY

minotauro



IMPERIO OSCURO

PLAGA DIVINA

UNA NOVELA DE LA ERA INDOMITUS

GUY HALEY

minotauro

Imperio Oscuro nº 03 Plaga divina

Published by Black Library, 2021
2025 © Games Workshop Limited

Dark Imperium: Godblight, Imperio Oscuro nº 03 Plaga divina, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Originally published as *Dark Imperium: Godblight*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2025

Ilustración de cubierta: Vladimir Krisetskiy

Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1889-7

Depósito legal: B. 13.922-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

VUELTA A CASA

Las rampas de asalto de la Overlord se estrellaron contra la cubierta del hangar Palatino con un estallido de presión ecualizadora. Aquellas seguían bloqueadas en la configuración de combate: caída brusca, sin amortiguadores. No era lo habitual cuando uno se presentaba ante el último primarca leal, pero el Tetrarca Decimus Androdinus Felix no estaba de humor para sutilezas.

Felix fue el primero en salir de la nave de combate, seguido de cerca por los Elegidos de Vespator. Eran su guardia de honor diez Space Marines ataviados con ropajes variados, uno por cada uno de los Capítulos Escudo de Ultramar. Conformaban una multitud variopinta, discordante para ciertas sensibilidades, aunada únicamente por el distintivo dorado del tetrarca que adornaba las hombreras izquierdas de sus armaduras. Sus botas resonaron con fuerza mientras se desplegaban con las armas en ristre. Incluso estando a bordo de la nave insignia del primarca, escudriñaron los alrededores en busca de amenazas. Todos eran señores de batalla, por lo que les resultaba difícil dejar de lado la guerra.

Una pequeña delegación de humanos no modificados aguardaba la llegada de Felix. Un chambelán salió a toda prisa de entre los standar-

tes y los servocráneos flotantes. Aunque era pequeño y débil, el hombre se interpuso con valentía en el camino de los gigantes de Ultramar, obligándolos a detenerse.

—Mi señor Felix, bienvenido de nuevo a la *Honor de Macragge*. —El chambelán le dedicó una rápida, si bien perfecta, reverencia. —Si me lo permitís, os dirigiré a los aposentos que el primarca ha preparado para vos, donde podréis refrescaros. —La mirada crítica del oficial se paseó por los daños visibles en las armaduras de todos y cada uno de los marines—. ¿Y, tal vez, ponerlos un poco más presentables?

Un comentario quisquilloso de un hombrecillo quisquilloso. Felix no pretendía gruñir, pero el sonido irritado que salió por el altavoz de su casco sonó como uno.

—No será necesario. El asunto que me trae aquí es urgente. Veré al primarca ahora.

—Os ruega que esperéis un poco. Está al corriente de vuestros esfuerzos en Alveiro y le complace sobremanera que hayáis venido a verle, pero solicita que esperéis a que os convoque para una audiencia como es debido.

—Ahora —declaró Felix con firmeza—. Soy el comandante de Tetra Oriental de Ultramar. La tarea que me ha sido encomendada no puede esperar.

—Mi señor —empezó a decir el humano, pero Felix lo interrumpió.

—Has dicho «solicita».

—Sí, mi señor —respondió el chambelán.

—Entonces, dime algo, ¿el Regente Imperial me ordena ir a mis aposentos? —le preguntó—. ¿Lo que me transmites es una orden o una sugerencia?

El oficial titubeó.

—Vuestra comodidad y bienestar están siempre presentes en la mente del Regente Imperial...

—Entonces no es una orden —intervino el sargento Cominus, jefe de la guardia de honor de Felix. Lucía los colores rojos y blancos de los Sons of Orar—. ¿No es así, chambelán?

El hombre no perdió la compostura.

—No es una orden —admitió.

—Entonces llévame hasta él. Ahora. —Felix se inclinó hacia delante. Era una masa de armadura y carne genéticamente modificada con

cristales glaciales por ojos. Las articulaciones de la armadura Gravis ronronearon de forma amenazante. Aún apestaba a guerra, sangre, aceite y fuego. Pocos hombres se mantendrían firmes ante semejante imagen.

El chambelán tenía un corazón de hierro, por lo que aceptó la derrota con elegancia. Hizo otra reverencia, más lenta esta vez, y se hizo a un lado.

—Os escoltaré, mi señor. Yo...

—No te preocupes, chambelán, conozco el camino.

—En ese caso, enviaré heraldos delante de vos para anunciar vuestra llegada.

—Si insistes —accedió Felix—. Siempre y cuando puedan seguirnos el ritmo. —Para entonces ya se estaba moviendo.

Los heraldos se echaron a correr para igualar el paso de los marines y empezaron a gritar el nombre y rango del tetrarca en cada sala y pasillo por el que pasaban mientras recorrían el camino que llevaba del hangar Palatino a la Torre Palacial, dominio personal de Roboute Guilliman.

Habían pasado varios meses desde la Liberación de Parmenio y la batalla de Hecatone. La Flota Primus había hecho grandes progresos en el desalojo de las fuerzas de Mortarion de Ultramar, pero aún restaba una campaña crucial. El mundo jardín de Iax, epicentro de la corrupción, seguía estando en manos enemigas. A Felix no se le había pedido tomar parte en la invasión y, aunque eso podría haber explicado su rabia, no era la causa. Su ira respondía a una razón mucho más oscura.

—¡Abrid paso a Decimus Felix! ¡Abrid paso al Tetrarca de Vespator, señor de las Marcas Orientales! —gritaban los heraldos entre jadeos. Sus anuncios causaron cierta consternación, ya que los pasillos estaban muy transitados y los Elegidos avanzaban con la sutileza de un toro grox, por lo que sus pasos retumbaban por la *Honor de Macragge* como artillería. Guilliman acostumbraba a mantener su palacio vacío siempre que podía; incluso un ser tan singular como el primarca necesitaba espacio para recluirse, como cualquier persona. Sin embargo, con motivo de la visita de Felix, el palacio estaba atestado de escribas y potentados apresurados. Los hombres y mujeres con los que se topaban los Elegidos no parecían estar familiarizados con los marines y se apartaban de su camino en cuanto los veían pese al rango que ostentaban. Todos eran señores y damas de algún adepto, para entonces Felix y su grupo ya se encontraban en las entrañas de la torre a donde solo podían acceder los exaltados y sus sirvientes.

—¿Son cosas mías, o este sitio está infestado de burócratas? —le dijo Cominus a Felix a través del comunicador.

—«Infestado» no es la palabra que habría usado para referirme a tan preciados servidores imperiales —respondió el tetrarca con sorna—. Pero, en esencia, tu observación es correcta. Esta no es la única guerra del primarca. Más allá de los Quinientos Mundos, la Cruzada Indomitus continúa. Pronto dará por concluida su labor en Ultramar. Se está preparando para seguir adelante, una vez haya asestado el golpe final en Iax.

Se dirigieron directamente al scriptorium personal del primarca, pues, dada su larga asociación con Guilliman, Felix sabía que era su lugar predilecto. Era evidente que los heraldos también esperaban que el Regente Imperial estuviera allí porque no tuvieron nada que objetar. Sin embargo, al consultar a los historiadores que se encontraban allí, les comunicaron que el primarca estaba en otra parte y los remitieron a los niveles superiores, a la Cámara Imperius.

Tomaron varios ascensores hasta el pináculo de la Torre Palacial de Guilliman. Era una cúpula de cristal blindado, un lugar de reunión donde se trataban los asuntos más importantes. Felix lo conocía muy bien.

Guio a sus hombres por un corredor de acceso abovedado, tan ornamentado y alto como la nave de una catedral. Conforme se acercaban a las grandes puertas que conducían a la Cámara Imperius, veinte miembros de la Guardia Victrix de Guilliman salieron en tropel de las habitaciones situadas a ambos lados y se colocaron delante de las puertas, donde formaron un semicírculo perfecto y detuvieron el avance de Felix. Dieron un pisotón en el suelo, bajaron los escudos con un golpe y los juntaron, erigiendo un muro de cerámica azul adornado con calaveras y alas ante el tetrarca. En el centro dejaron un hueco lo bastante ancho para permitir el paso de un solo Space Marine. Por él apareció Sicarius, antiguo capitán de la Segunda Compañía de Ultramarines y actual comandante de la guardia personal de Guilliman. Compareció sin casco y se detuvo ante Felix.

—Saludos, tetrarca Felix —dijo Sicarius con una leve inclinación de cabeza. Así la empuñadura de la espada. Nunca tenía la mano lejos del arma, ya fuera apoyada en el pomo o acariciando los adornos. Siempre le había disgustado tenerla enfundada y, visto lo visto, nada había cambiado desde su regreso de la disformidad—. ¿A qué debemos el honor de vuestra presencia?

—Creo que ya sabes a qué.

El marine miró fijamente a Felix.

—¿Eso creéis, tetarca? Iluminadme.

Felix lo miró con superioridad. Era inusual que un marine de rango tan alto como el que ostentaba Sicarius no se hubiera sometido al Rubicón Primaris. Era mayor que Felix, al menos en lo relativo a años de servicio activo, aunque, si computaban las fechas de nacimiento, Felix tenía más años que casi todos los humanos vivos.

—El primarca tiene a mi prisionero. Déjame pasar.

—Así es —admitió Sicarius, pero no cedió terreno. Los Elegidos de Vespator y la Guardia Victrix se observaban mutuamente. La tensión se respiraba en el aire. La violencia seguía de cerca a los Adeptus Astartes dondequiera que iban. No había odio entre ellos, pero sí una curiosidad agresiva. Ambos grupos deseaban medirse contra el otro.

Felix echó un vistazo detrás del guerrero más bajo, hacia las puertas de la cámara.

—¿El Regente me esperaba?

Sicarius inclinó la cabeza.

—¿Vos qué creéis, hermano? Es un primarca.

—Entonces anticipa todo lo que hago.

—No es defecto vuestro, os lo aseguro —replicó el marine.

—¿Alguna vez te hace sentir estúpido, capitán? —le preguntó Felix. Sicarius resopló.

—Comparados con él, tetarca, todos somos estúpidos. A veces me pregunto cómo nos aguantan. Debemos parecerle muy limitados.

Felix levantó el brazo y abrió los cierres del casco, se lo quitó y lo sacó de debajo de la capucha de la armadura Gravis. Tenía la cara cubierta de sudor seco. Llevaba días sin quitarse la armadura. Había pensado darse un baño antes de llegar, ya que, según los parámetros habituales, Alveiro se encontraba a seis días de distancia de Iax. Sin embargo, lejos de la presencia apaciguadora que el primarca ejercía sobre sus tormentas, la disformidad era impredecible, y habían acabado completando el trayecto en cuestión de minutos.

Cosa del destino, quizá. Felix había asumido que llegaría cuando todo hubiera acabado y descargaría toda su furia a posteriori. No se había preparado para esto. Sospechaba que la mano socarrona de los dioses había intervenido en el curso de los acontecimientos, abocándolos a él y a su señor a una confrontación.

—Nunca lo cuestionéis —aseveró Sicarius—. Cabría pensar que fuisteis su edecán tiempo más que suficiente para saberlo.

—Lo fui. Pero es algo que también juega en mi contra, pues a veces olvido que no es un hombre.

El semblante severo de Sicarius no se alteró.

—Nosotros tampoco lo somos.

—Va a interrogar a mi prisionero. Esa es su intención, ¿no?

—Eso le corresponde decirlo a él, hermano —respondió el marine. Desvió la mirada hacia los Elegidos, que empuñaban las armas con firmeza pese a mantenerlas apuntadas hacia el suelo—. Pedid a vuestros hombres que se retiren. Pueden esperar en la antecámara de babor. Allí hay espacio suficiente para todos. Por lo que veo, contáis con algunos guerreros hábiles. Deberíamos ponernos a prueba, nosotros y nuestros hombres. Os habéis labrado una excelente reputación. —Hubo un deje de desesperación en la propuesta de Sicarius. No era un acto de hermandad, sino algo que nacía de la necesidad de probarse a sí mismo frente a cualquier contendiente.

Felix ignoró la invitación.

—Entonces, ¿vas a dejar que entre a verle? —Otra eventualidad inesperada. Creyó que tendría que ejercer su autoridad, dado que superaba en rango al marine. Luchar, incluso, estaba dispuesto a hacerlo.

Sin embargo, Sicarius se mostró mucho más flemático de lo esperado y simplemente se encogió de hombros. Su armadura chirrió con el movimiento de las hombreras.

—Yo no tengo que dejaros hacer nada, tetrarca. Se os permite el paso por orden expresa del primarca. —El rostro aguerrido de Sicarius perdió parte de su hosquedad; había incluso un atisbo de sonrisa en el raballo de sus ojos. —Estabais en lo cierto. Os espera.

Las puertas de la Cámara Imperius se abrieron de par en par hacia la oscuridad. Los lúmenes estaban apagados, pero las contraventanas estaban abiertas, lo que permitía que la luz pálida de las estrellas se filtrara por los altos ventanales que conformaban las paredes. Al igual que la cúpula superior, los muros eran, en su mayoría, de cristal blindado, lo bastante numerosos como para ofrecer una panorámica casi completa de la nave, desde el gigantesco ariete enrejado hasta los márgenes exteriores de la matriz de motores del tamaño de una ciudad. Se detuvo momentáneamente sorprendido. No había mejor forma de ver la *Honor*

de *Macragge*, una de las últimas naves de combate de clase Gloriana que quedaban en la galaxia, que contemplarla desde aquella Cámara, y no pudo evitar quedar prendado de su majestuosidad. Era inmensa, de una magnitud que desafiaba cualquier descripción. Estaba rodeada de muchas otras embarcaciones imponentes, el núcleo del Grupo de Batalla Alphus, punta de lanza principal de la Flota Primus de la Cruzada Indomitus. Pero esas otras aeronaves, aunque también eran descomunales, no eran más que trozos de metal frente a la *Honor de Macragge*. Ya no había mujeres ni hombres capaces de construir estructuras semejantes. La ciencia se había perdido y se carecía de voluntad para reencontrarla. La *Honor de Macragge* era una reliquia de una época mejor, un arma monstruosa de una era superior, y en eso era idéntica a su señor.

Roboute Guilliman estaba en el extremo opuesto de la sala, cerca de la platea elevada donde se sentaban los miembros del Consejo Exterra cuando se reunían, aunque en ese momento no había nadie más presente. La cámara estaba completamente vacía, salvo por el primarca, lo que la hacía parecer más grande de lo habitual pese a las numerosas sillas y tronos que ocupaban su espacio.

La figura solitaria de Guilliman contrastaba con el manto de estrellas y aeronaves. Pero el primarca no contemplaba el paisaje. Frente a él había un entramado de luz hololítica en el que se mostraba un planeta, y a él le prestaba toda su atención. El hololito le iluminaba el rostro con una luz tenue que le daba un aspecto ceniciento. Incluso desde el otro lado de la sala, Felix reconoció los rasgos de Iax. Los síntomas de un planeta aquejado de los males de Nurgle eran claros y parecían infectar al primarca solo con su reflejo.

No era la primera vez que Felix pensaba que Roboute Guilliman se veía cansado.

Cuando el primarca apartó la vista de la imagen, las sombras se cerraron sobre sus ojos.

—Decimus —dijo. El nombre de Felix resonó por la Cámara Imperius, como si buscara un lugar donde asentarse. Al no encontrar acogida, murió en silencio, perdido en lo alto de la cúpula—. Me alegro de verte. —Sonaba sincero.

El tetrarca se acercó a su señor. El cuerpo de Felix albergaba numerosos órganos adicionales y cadenas suplementarias de código genético, todos ellos heredados del primarca. Guilliman no era su padre, no

realmente, pero era lo más cercano a un pariente que tenía. Su sangre estaba mezclada.

Felix se arrodilló con dificultad, obstaculizado por la pesada armadura, e inclinó la cabeza. Esperó a que Guilliman hablara. Cuando no lo hizo, el tetrarca tomó la palabra en su lugar.

—¿No te molesta que haya venido? —preguntó en voz baja, esperando una reprimenda.

—¿Debería hacerlo? —respondió el primarca con suavidad.

—He venido a recomendarte que no hagas lo que creo que estás a punto de hacer.

La sonrisa de Guilliman fue audible en su voz.

—¿Es tanto lo que desapruebas que evitas mencionar acciones específicas? ¿Cómo puedo saber que ambos hacemos referencia a la misma cuestión?

—Cosas como las que te propones no deberían mencionarse en voz alta —replicó Felix.

—Tal vez —concedió Guilliman—. Pero no tienes que estar de acuerdo con todo lo que hago, hijo mío. Cumple con tu deber como mejor consideres. No eres un hombre irreflexivo y no temes desafiarme, por eso te nombré tetrarca. En cualquier caso, me complace que hayas venido.

—¿Y si me hubiera quedado en Alveiro?

—También me habría complacido —aseveró el primarca—. Pero estás aquí. Tienes buen instinto. Lo que nos proponemos supone un riesgo. Comprendes ese riesgo y por eso vienes a advertirme. Las buenas intenciones no deben castigarse.

Felix alzó la vista. Estaba perplejo. Por mucho que creyera entender al primarca, en ese momento se dio cuenta de que nunca llegaría a hacerlo. Si alguno de sus hombres se comportara como él lo estaba haciendo ahora, no dudaría en censurarlo. En ocasiones, Felix sentía que había dejado atrás su humanidad, pero Guilliman nunca había sido humano, no verdaderamente.

—Piensas interrogarlo. Por eso pediste que lo trajeran de vuelta en lugar de permitirme destruirlo cuando lo encontraron. ¿Me equivoco?

El primarca no respondió, sino que bajó la vista hacia él, prestandole toda su atención por primera vez. Felix sintió el peso de su mirada en el alma.

—No hay necesidad de arrodillarse, Decimus. Levántate, por favor.

El tetrarca se puso en pie. En la cámara, los ruidos más insignificantes se magnificaban. Poseía una acústica perfecta, concebida para amplificar hasta la voz más aflautada del más venerable de los sabios, y conferiría gran pomposidad a los sonidos más leves de su panoplia, incluso al roce de una capa sobre los mosaicos del suelo.

—Así está mejor —dijo Guilliman. Apretó el puño en el corazón del hololito y lo hizo desaparecer. Examinó a Felix de arriba abajo y le dirigió una mirada de aprobación.

—Te ves bien. Fuerte. El cargo te sienta bien, hijo mío —comentó—. ¿Qué te parece tu nuevo dominio?

Felix seguía enfadado y no pudo evitar que se reflejara en su respuesta, de modo que sus palabras fueron escuetas.

—Estuve en Vespator un total de veintitrés horas antes de tener que desplazarme para continuar mi inspección de la provincia, mi señor. No podría asegurarlo tras una visita tan breve, pero parece defendible.

Guilliman volvió a sonreír. Su sonrisa estaba llena de tristeza, marcada por el dolor que traía consigo la comprensión. Su melancolía sofocó el fuego que ardía en el corazón del tetrarca.

—Me refería a la gente, Felix, al mundo.

—Ambos parecen bastante agradables —respondió algo menos enfadado—. Pero nada de eso tiene demasiado valor si no se puede proteger. Todo tu reino se encuentra bajo amenaza. Las hordas de Mortarion no son el único peligro.

El primarca asintió. Estaba distraído. Las luces de navegación de las naves de vacío próximas a la *Honor de Macragge* le colmaban los ojos de estrellas.

—¿Qué me dices del resto de Tetra Oriental? ¿Podrás someterlo a nuestro control?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—¿Cuándo te he pedido lo contrario?

—Es un desastre —admitió Felix. Al recordar su recorrido por los mundos que ahora le correspondía gobernar, saboreó la carga del primarca—. Casi todos los planetas están sumidos en el caos. Los ejércitos de Mortarion no han causado demasiados estragos en el sector este, pero la Liga Sotharana sufrió un duro golpe a manos de los tiránidos. Además, se han producido varias incursiones de los orkos y, más recientemente, de los necrones. Los piratas humanos también son un problema. Pero lo

peor son las flotas colmena. Hay al menos una docena de mundos habitados donde han arrasado con todo hasta los cimientos. Ignoro cuántos planetas desconocidos habrán sufrido el mismo destino. Y, por si los xenos no eran lo bastante codiciosos, los años de corrupción han esquilma-do la vieja Liga. No he visitado un solo planeta en el que las defensas, o cualquier otro activo, militar o de otra naturaleza, se correspondan con los registros. Han falsificado los diezmos, han malversado una parte im-portante de las finanzas del sector... En definitiva, han robado mucho, en ocasiones abiertamente. Allí no temen a la autoridad imperial, pero lo harán. He iniciado una inquisición. Los agentes de la Ordo Hereticus y del Adeptus Arbites me asisten en mi cometido. Habrá ejecuciones. Muchas.

El rostro del primarca era inescrutable, lo que indujo a Felix a dis-culparse.

—Lo siento, mi señor. No tengo tiempo para gentilezas. Hay que dar ejemplo.

El primarca negó con la cabeza.

—No, no, haces bien, la Liga era el peor de todos los sistemas po-líticos —apuntó Guilliman—. Suficiente poder centralizado para en-valentonar a la élite, pero insuficiente para mantenerla bajo control. El flujo ilimitado de dinero amplifica la codicia. Favorece el afán adqui-sitivo y posibilita la elusión de responsabilidades, por lo que siempre acaban sufriendo los más débiles. Debe rectificarse con el máximo rigor. Una vez más, mis errores me confrontan. Vuelvo a reiterar que Ultra-mar nunca debió dividirse.

—Las cosas cambiarán —aseveró el tetrarca—. La Liga Sotharana se ha disuelto. El pueblo hallará una solución más justa en el gobierno directo de Ultramar. —Hizo una pausa. —No he podido dejar de pre-guntarme en qué estarían pensando los Scythes of the Emperor para dejar que las cosas empeoraran de esa manera.

—Tenían sus propias guerras que librar —señaló el primarca— y pa-garon un alto precio por cumplir con sus obligaciones. No les incumbía interferir en el gobierno civil. Eso también cambiará.

Felix no podía disentir. Los tiránidos habían arrasado Sotha, capi-tal de la Liga y mundo natal de los Scythes of the Emperor, y habían estado a punto de aniquilar a los propios Scythes en el proceso. Había intercambiado algunos mensajes con el reducido capítulo para retomar las negociaciones destinadas a proporcionarles refuerzos Primaris que les

permitieran recobrar toda su fuerza, pero eran una hermandad deshecha, y cada mensaje que le enviaban evidenciaba la vergüenza que sentían.

—Un aspecto positivo es que la gente se alegró de vernos —apuntó Felix—. No opondrán demasiada resistencia a la reimposición del gobierno directo, no si las clases dirigentes saben lo que les conviene.

—De acuerdo con tu experiencia, ¿dirías que la gente suele saber lo que le conviene? —le preguntó Guilliman.

Felix guardó silencio un segundo.

—Sinceramente, no lo sé. Cuando los agentes de Cawl me capturaron era solo un crío. He estado activo solo doce años desde que desperté de la animación suspendida y durante ese tiempo solo he conocido la guerra. En su momento, me dijiste que aún conservaba gran parte de mi humanidad, aun cuando muchos de los Primaris primogénitos carecían de ella, pero he tenido que fiarme de ello. No conozco a la gente, mi señor. ¿Cómo podría saberlo?

—Te equivocas, Decimus. Sí conoces a la gente. Posees una gran capacidad para la empatía. ¿Qué te dice tu instinto?

—Me dice que la gente no sabe lo que le conviene —dijo con vacilación.

—¿Y?

—Y que, como individuos, las personas son criaturas inteligentes, pero como grupo son animales, y los animales necesitan mano dura.

—Ya veo —dijo el primarca. Entre las dos palabras cupo todo un océano de decepción.

—La filosofía carece de importancia—se apresuró a añadir Felix—. Lo importante es la acción. De momento, no he tenido grandes problemas con los gobernadores imperiales y, si alguno llegara a oponerse, el pueblo está dispuesto a sublevarse. Están hartos de la codicia humana y del terror xeno.

—Entonces confío en que rectifiques la situación en mi lugar, hijo mío —respondió Guilliman. Miró por la ventana—. Esta guerra nunca acabará. Solo podemos luchar por disfrutar de breves momentos de paz. Cuando expulsemos a Mortarion, habrá otros enemigos. Los tiránidos, los necrones, los t'au... Debo dejaros a ti y a los otros para lidiar con ellos aquí. Tengo una galaxia que salvar.

El primarca parecía más preocupado que de costumbre. Se quedó mirando el espacio y luego pareció volver en sí.

—Ultramar ya casi es nuestra —dijo abruptamente—. Por fin. Esta guerra ha supuesto una peligrosa distracción de la Cruzada Indomitus y, aunque he intentado prescindir de la mayoría de sus activos en el cumplimiento de mis tareas aquí y he recurrido en su lugar a fuerzas procedentes de los sectores circundantes, varios grupos de batalla de la Flota Primus siguen ocupadas en Ultramar cuando podrían estar liberando otros mundos.

—Todo es parte de la misma lucha —aseveró Felix—. Debemos combatir el Caos dondequiera que se encuentre. Es una zona de guerra importante.

—Lo es —coincidió el primarca—. Ultramar es importante por muchas razones. Pero debemos tomar en cuenta la política, y la política no habla el mismo lenguaje que la lógica. Hay quienes utilizan mi deseo de salvar Ultramar como arma contra mí y lo consideran un signo de favoritismo hacia mi propio pueblo. En Terra sigue reinando el descontento. Los agentes del enemigo están por todas partes. La codicia de la humanidad no se limita a la difunta liga de Sotha, está presente allá donde va la humanidad. La avaricia nubla la visión de los hombres, los ciega ante todo lo ajeno al beneficio propio y a corto plazo.

»El Consejo Exterra hace lo que está en su mano para refutar estas acusaciones, pero sus miembros no son Altos Señores. Su mera existencia es otro hecho que algunos utilizan para intentar acreditar mi deseo de convertirme en Emperador. Los políticos del Palacio Imperial los llaman perros falderos. En Terra ha habido una rebelión mientras nosotros luchamos por la supervivencia —dijo en referencia al complot ideado por varios Altos Señores, tanto depuestos como noveles, para usurparlo. Guilliman miró a su hijo genético—. Dispongo de tiempo limitado para salvar al Imperio de las amenazas externas del Caos y los xenos antes de que toda esa estructura podrida colapse. Debo triunfar aquí, arrancar el corazón de la obra de Mortarion de una vez por todas. La travesía por la Brecha Attilana hacia el Imperium Nihilus no puede demorarse más. Abaddon ejerce una fuerte presión en el Guantelete Nachmund y alrededor de los restos de la Puerta de Cadia. Marneus Calgar debe regresar pronto a Vigilus. He pasado demasiado tiempo aquí. Sin duda, esto es parte del plan del Señor de la Guerra. Ataca lo que más aprecio para distraerme y me avergüenza admitir que ha funcionado.

—¿Crees que Mortarion está trabajando con el Señor de la Guerra?

Guilliman soltó una carcajada irónica.

—No trabaja para nadie más que para sí mismo. Esto no es la Herejía. No existe un mando central, solo el capricho de la locura. No, Mortarion solo desea humillarme a mí. No le interesa lo que haga Abaddon, pero sus acciones juegan a favor de otros planes. No es consciente de que, al seguir su supuesta voluntad indomable, no es más que una marioneta en manos de otros, como todos los seguidores del Caos. Lo han manipulado para que actúe de esta manera. Necesito una solución rápida. Necesito saber qué está pasando en Iax antes de atacar y necesito saberlo ahora. Asumo un gran riesgo. No puedo ir a ciegas.

—¿Por eso quieres hablar con el esclavo del inquisidor?

Guilliman apretó los labios.

—Llegamos al núcleo de nuestro desacuerdo. Lo desapruebas. Por eso sabía que vendrías.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque, sinceramente, hijo mío, preví tu reacción y me di cuenta de que sería más sencillo gestionar tu ira en esta situación, en lugar de hacerte llegar con el esclavo. Imaginé que intentarías destruirlo en el acto, aun cuando habría supuesto un terrible riesgo para ti, para impedir que yo cometiera un error.

—Estás cometiendo un error.

—No es un imposible. Si te tranquiliza, la destrucción del esclavo solo se ha pospuesto. Morirá.

—Pero no antes de usarlo. Esa criatura pertenece al enemigo, mi señor. El inquisidor Tjejren fue demasiado lejos. Es un radical peligroso que ha traicionado su cargo.

—Sus acciones te enfurecen y, sin embargo, ha logrado eludirte —comentó el primarca. Felix notó el sabor amargo de la crítica.

—Lamento tener que decir que sigue prófugo —admitió avergonzado.

—No tiene importancia —aseveró Guilliman—. Tjejren fue servidor del Emperador una vez. Sigue creyendo que lo es. Aún puede servir.

—Me temo que es un caso perdido. Todo lo que toca la disformidad se corrompe.

Guilliman lo miró.

—Entonces todos estamos corrompidos, ya que en la existencia misma de todas nuestras almas se aloja un fragmento de la disformidad. —Cambió de posición. La Armadura del Destino rezongó.

—¿Has visto al esclavo? —le preguntó el tetrarca con dureza—. ¿Ya has visto lo que Tjejren le hizo a ese interrogador?

—No, admito que no —respondió el primarca—. Hay muchos asuntos que me ocupan.

—Puede que tu discurso cambie cuando lo hayas hecho, mi señor. Remo y su parásito no te traerán más que desgracias —aseveró Felix.

—Subestimas la fuerza de voluntad de los servidores del Emperador. Me han asegurado que el interrogador Remo sigue aguantando. Es esclavo del ser que lo posee, pero desea realizar un último servicio, por lo que confío en que eso fuerce a la criatura a hablar con franqueza mientras se la interroga. Es una oportunidad, Felix. Quiero que entiendas que no adopto esta línea de acción a la ligera, pero solo una criatura de la disformidad puede decirnos lo que ocurre en Iax. Está al borde del abismo. Un solo empujón podría convertirlo en un mundo demoníaco o propiciar que el empíreo lo engulla por completo. Si eso sucediera, podría arrastrar muchos otros mundos con él, independientemente de cuánto perjuicio hayamos causado a los planes de Mortarion. Es una oportunidad que no puedo dejar pasar. Salvará millones de vidas. Podría incluso salvar mi vida. No puedo ganar esta guerra si estoy muerto.

Felix guardó silencio un momento.

—¿Juras que lo matarás después? —le preguntó—. Mi señor, perdona mi atrevimiento, pero si hubieras sido testigo de lo que le hizo al grupo de combate enviado a capturar a Tjejren... —Felix dejó la frase en el aire. No tenía valor para plasmar con palabras lo que recordaba.

—Al menos será un acto de misericordia para el interrogador. —Guilliman se apartó de la ventana. —Ahora que estás aquí, ¿deseas asistir al interrogatorio? Tal vez presenciar el interrogatorio y la ejecución te tranquilice. No quiero que surjan diferencias entre nosotros.

—¿Lo matarás después? —insistió el tetrarca.

—Lo juro —respondió Guilliman—. No temas, no puede hacerle daño a nadie. La Concilia Psykana lo custodia bajo la dirección del Hermano Capitán Ionan Grud.

—¿El Grey Knight? —preguntó Felix—. ¿El que venció a Typhus en Galatan sobre Parmenio?

—El mismo. Es fuerte e incorruptible. ¿Quién mejor que los Knights de Titán para encadenar a un demonio?